



# Universidad Rafael Landívar

Identidad Jesuita en Guatemala

## **Acerca de la riqueza de ver el PPI como algo más que un método de enseñanza**

**Armando Najarro Arriola<sup>1</sup>**

**Octubre 2023**

Uno de los más grandes educadores del siglo pasado, el brasileño Paulo Freire (1921-1997), sostiene que la enseñanza no es transferir conocimientos a los demás; se necesita crear las posibilidades para que ellas y ellos mismos (las personas) lo puedan producir o construir (Freire: 1998). Adelantado al menos 50 años a su época, nos confirma que educar con visión no es transmitir algo para que las personas repitan, sino que es generarles el espíritu de reconocer o producir sus propios conocimientos.

Por su parte, John Dewey (1859-1952), uno de los más grandes pedagogos estadounidenses de entre el siglo pasado y antepasado, nos dice que la educación no consiste en preparar para la vida, sino que es la vida misma (Dewey:1915, citado en 2006). Filósofo que se volcaba en la práctica educativa y defendía que el aprendizaje se daba basado en ella.

Ambos, cada quien en su época y en su propio contexto, generaron metodologías propias del trabajo educativo y establecieron paradigmas que todavía hoy se mantienen en la educación, con innumerable cantidad de seguidores.

Lo anterior viene al caso porque hablar del Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI) no es sencillo. Es complicado y es polémico en la medida que lo usemos como lo que es según sus orígenes o según su utilidad más inmediata; en otras palabras, como “paradigma” o como “metodología de enseñanza-aprendizaje”. Ciertamente funciona en ambos sentidos.

---

<sup>1</sup> Académico docente en la Universidad Rafael Landívar, Guatemala. Artículo publicado en el Boletín de octubre de 2023 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

Sin embargo, desde mi punto de vista, hay que ir a los orígenes para saber por qué conviene más verlo como un paradigma que situarlo como método de enseñanza.

Seguramente muchas personas, educadores o incluso respetables sacerdotes, no estarán de acuerdo conmigo sintiendo que la quiero restar fuerza al PPI, pero no es así. Por el contrario, trato de ser fiel a la forma cómo me educaron mis dos grandes maestros jesuitas (PP. Nicolás Alvarenga, S.J. y Jesús Navascués, S.J.) y a lo que he estudiado con mis maestros universitarios, especialmente el Dr. Pedro Morales, S.J. Y, además, con una cuota propia que me permite, desde mis estudios y conocimiento, señalar lo que me parece más lógico y, ante todo, desde la práctica educativa que, en mi vida, lleva ya 45 años desde la escuela primaria a la universidad, con instituciones de la Compañía de Jesús y laicas también.

Para empezar, el pensamiento pedagógico de la Compañía de Jesús no tiene autor único ni definido, no tiene un defensor individual, aunque sí una Comisión que fue responsable de sintetizar sus bases hace 30 años, porque es una construcción de un cuerpo colectivo que inicialmente se fue haciendo a lo largo de 60 años (1540-1599, *Ratio Studiorum*) y luego se continuó profundizando y mejorando en detalles de forma permanente. Años en que fueron puliendo, alimentando, creando, experimentando una pedagogía propia, hasta que se animaron a escribirla, no como método, sino como una serie de recomendaciones para los compañeros jesuitas que trabajaban en docencia y que eran la mayoría. Y ni siquiera se llamaba Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI), nada de eso: lo identificaban como "*Nuestro modo de proceder*".

Bien comenta J.L. Orozco (2023) que más fácil se detecta un estilo para hacer algo, que lo que cuesta definirlo. Y así es, en la vida es bien sencillo saber quién es buen maestro más que intentar definir las características de ese buen profesor o profesora. Viene esto a colación porque "el modo de proceder" de los jesuitas en sus primeros 50 años era tan claro que abrieron decenas de colegios y universidades porque la gente se los pedía, aunque posiblemente ni ellos mismos hubieran podido definirlo como método que requiere una serie de pasos. Era sencillamente una manera de proceder al educar que todos tenían claramente entendida, aunque no muy definida a la hora de mencionar fases, pasos o procesos.

Para entender ese modo de proceder, vale la pena parafrasear lo que Lowney (2004) expone cuando confirma que la formación jesuita estaba sostenida por cuatro pilares: el autoconocimiento, el ingenio, el amor y el heroísmo. Componentes que se alimentaban uno al otro para dar origen a la formación de líderes que eran capaces (y siguen siendo sus miembros), de levantar las obras en poquísimos tiempo. Vale decir que, a la muerte de Ignacio de Loyola, ya los jesuitas eran más de mil y tenían levantadas más de 40 obras educativas en muchos países (Margenat: 2016). Y todo eso es algo que no se puede hacer sin las cuatro condiciones que se han mencionado anteriormente.

Ahora volvemos otra vez a que para educar y educarse se tenía una “manera de proceder” ... quizás bastante intuitiva, pero basada en las recomendaciones (Constituciones) de su Fundador y allí se escondía (por decirlo de alguna manera) el pensamiento educativo o pedagógico de los jesuitas (ignaciano), que no necesariamente era solo para ellos pues se había estado puliendo en la mente y en el trabajo de los primeros estudiantes de la Universidad de París mucho antes de ser jesuitas; además, un pensamiento abierto a toda aquella persona que se quisiera formar con ellos y no solo para ser jesuitas.

Su pedagogía o “modo de proceder” para educar: la pedagogía jesuita, a grandes rasgos, es sintetizada por el Dr. Pedro Morales, S.J., así:

1. Fue y sigue siendo un modelo integrador e integral (formación intelectual, humana, religiosa), que se preocupa de todos los aspectos del ser humano.
2. Fue y sigue siendo una pedagogía que se centra en la actividad del estudiante: se enriquece de métodos activos: porque se originaba del “modus parisiensis” (que consistía en que el alumno tenía que ser activo para el aprender)<sup>2</sup>.

Ahora bien, en la *Ratio* sí hay pasos: a) Prelección (la explicación del profesor es previa a la repetición y al “estudio” del alumno –reflexión); b) Repetición; y c) Ejercicios prácticos (con correcciones diarias). Esto sí es método dentro de esa visión educativa que se tenía y que era lo más adelantado de su tiempo.

3. Fue y sigue siendo una pedagogía de acompañamiento personal –*cura personalis*-. En la *Ratio* se encuentran señalamientos tan específicos como: “Procure el éxito de cada uno de sus discípulos en particular” (*Ratio Studiorum* XV,50) –citado por Morales (s/f).

Esto es, en resumen, lo más general que se puede indicar como características del “modo de proceder” ignaciano.

Hace un poco más de 30 años, la Comisión Internacional del Apostolado Educativo de la Compañía (ICAJE) se reunió para dedicar un buen tiempo al reto de actualizar el “modo de proceder” (esa Pedagogía Ignaciana) y brindar una respuesta práctica a muchas inquietudes relacionadas con la formación en los colegios jesuitas. La ICAJE buscaba construir un modelo, un paradigma, para dar impulso a los ideales de la educación jesuita, sin dejar de dar impulso a los aspectos prácticos del proceso de enseñanza y aprendizaje.

Previamente, en la Congregación general 22 (CG 33), se había pedido a la Comisión respectiva que se revisaran los ministerios de la Compañía de Jesús y que eso incluyese “el cambio en las maneras de pensar, que se logra ejercitándose en integrar constantemente

---

<sup>2</sup> Nótese que se dice que utiliza “métodos”. Es una pista para no confundir la pedagogía ignaciana con método. Es toda una “filosofía de la educación” que se puede componer de uno o varios métodos.

experiencia, reflexión y acción” (n. 40). Se busca que estas tres características del “modo de proceder” sean una constante en la vivencia diaria de toda institución educativa de la Compañía. Y ya dentro de su dinámica de elaboración, las personas integrantes del ICAJE consideraron, acertadamente, que una de las características de la visión ignaciana era contextualizar siempre (situar los lugares y las cosas) y, por otra parte, evaluar o valorar los logros, los fracasos y todas aquellas acciones durante el día o en un lapso razonable.

De esa cuenta, el PPI quedó integrado por cinco momentos que son: la contextualización, la experiencia, la reflexión, la acción y la evaluación. Lo cual se puede graficar de diversas maneras, pero una de las más acertadas me parece que es esta:



Fuente: <https://slideplayer.es/slide/1789637/> Fecha de consulta: 15/09/2023

En este paradigma (visión, perspectiva o enfoque de los que es educar para la vida), los jesuitas sintetizaron lo mejor de tradiciones precedentes: donde la originalidad es la síntesis y la espiritualidad, ésta sí “moderna” y que animaba la obra. Aquí se encuentran enunciados muchos aspectos que identifican las características de la educación de la Compañía de Jesús.

Ahora bien, vale la pena leer lo que nos dice el P. Duplá al respecto del PPI:

“Este modelo o paradigma contempla cinco aspectos: contexto, experiencia, reflexión, acción y evaluación, que no constituyen una receta didáctica aplicable a cada acto de la enseñanza, sino que ayudan a organizar toda la acción educativa. El centro o núcleo del paradigma pedagógico lo constituyen la experiencia, la reflexión y la acción, que se realizan en un contexto y que necesitan una evaluación” (Duplá, J. 2000:02).

Al señalar que “no es una receta” el planteamiento de fondo es que no necesariamente constituyen pasos o fases que se sucedan unos después de otros, sino más bien que son acciones o vivencias educativas que se dan dentro de determinado contexto, que se deben evaluar y que como producto viene un rico aprendizaje de naturaleza significativa. Y realmente, cuando se lo analiza, más que una metodología, es una visión, un enfoque, un espíritu para actuar sobre la realidad y proveer de aprendizaje-enseñanza<sup>3</sup>, a toda aquella persona que se educa con él. Es prácticamente una aplicación de los Ejercicios Espirituales (EE) al proceso educativo.

Ahora bien, ¿por qué considero que no se le debería identificar cómo método de aprendizaje-enseñanza? Primero, pensemos que siendo un paradigma una visión, un espíritu o un enfoque, es algo grande, es un universo, es una totalidad. Un método es un camino para llegar a algún lugar, en este caso a un aprendizaje; por lo mismo es algo menor en jerarquía. Acá pues se deduce que lo reducimos.

Sin embargo, sí puede funcionar como método. Eso es claro. Yo mismo lo he comprobado. Toda secuencia didáctica se puede (y debe) contextualizarse tomando en cuenta la realidad de los estudiantes, sus presaberes, sus actitudes, sus ideas, entre otros elementos. Igual sucede con la experiencia: hoy la virtualidad nos permite tener experiencias indirectas que, aunque no tan impactantes como las directas, puede funcionar para dar paso a los siguientes momentos que se nos indican. Quizás, diría yo, no necesariamente para una sesión de clase con un determinado período de tiempo, pero sí para una secuencia de dos, tres o más días; creo que funciona a la perfección. Sin embargo, mi insistencia es que el PPI debe considerársele algo más y que no debemos dejarlo, ni perfilarlo como método... Funciona mejor como paradigma, deja una impronta indeleble que marcará todo un proceso que lleva a una rica metacognición, proceso fundamental en la vida para un aprendizaje permanente.

---

<sup>3</sup> En la actual visión educativa jesuita, impulsada en Guatemala por el Dr. Luis Achaerandio, S.J. y por el Dr. Pedro Morales, S.J., lo esencial es el aprendizaje del estudiante y pasar a un segundo plano la enseñanza de la persona docente. De allí la propuesta del Dr. Achaerandio de cambiar el antiguo y tan extendido binomio “enseñanza-aprendizaje” por “aprendizaje-enseñanza” y que, entrando más a fondo, debería ser: “aprendizaje-evaluación-enseñanza”, pero ya eso será materia de otra propuesta.

El verlo como paradigma no implica que nunca se pueda utilizar espontáneamente como método, más bien podría reforzarlo. Pero en eso hay que alertarnos en cuanto a que su uso exclusivo y excesivo nos aleja de la riqueza del enfoque mencionado porque se produce saturación, indudablemente, y como todo método no se aplicará a toda competencia, objetivo o contenido: se vuelve algo mecánico para el educando y se pierde el “norte” de lo que se busca.

Vale la pena cuestionarnos: ¿y qué se busca con el PPI? Parafraseamos al P. Duplá (2000), quien nos señala que el PPI, entre otras cosas:

1. Ofrece un sentido definido a la vida del ser humano. Le orienta, le anima, le motiva para vivir, lo cual en esta época no es poco.
2. Humaniza la relación con un Creador y con los semejantes. Y en ese sentido acerca a Dios, nos hace vernos como continuadores de su obra y como colaboradores en la misión de mantener la vida.
3. Al ser un enfoque también nos muestra el manejo de la libertad... ¿Cómo? Reflexionando, tomando parte o aportando ideas en la acción o bien evaluando a qué nos motiva o a qué nos llama determinado aprendizaje, determinado punto de vista o determinada forma de actuar.
4. El uso y sentido de los bienes materiales... Quizás alguien piense: Y eso, ¿dónde está?, ¿cómo le hacemos? Pues todo en su conjunto, desde el contexto hasta la evaluación nos va llevando a reconocer que nuestra vida no puede estar amarrada a cosas materiales, ellas nos deben servir para algo mayor, algo humanizante, algo en favor de otros, entre otras muchas cosas más.

Es decir, con todo lo anterior, considero que el uso y sentido que se dé al PPI van transformando el pensar del estudiante para tener una visión en la vida, unos objetivos, una actitud de aprendizaje constante y permanente; y hasta para tener un horizonte por el cual vivir o, incluso, dar la vida. Creo que esa riqueza es fundamental y no veo otro paradigma educativo tan amplio, tan rico, tan esperanzador como el del “Pensamiento Pedagógico Ignaciano”.

\*\*\*

## Referencias

Dewey, J. (1915) La escuela y el progreso social. Boletín del Instituto de libre enseñanza. Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (XXXIX, 662, pp. 129-134; 663, pp. 161-165). Publicado por Universidad de Navarra: 8 de noviembre de 2006. <https://www.unav.es/gep/Dewey/EscuelaProgresoSocialBILE.html>

- Duplá, J. (2000) La pedagogía ignaciana. Una ayuda importante para nuestro tiempo. Conferencias sobre pedagogía ignaciana. Serie Cuadernos Ignacianos 2. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2000: 161, 171-183.
- Freire, P. (1998). Pedagogía del oprimido. Editorial Paz e Terra.
- Lowney, Christopher (2004) El liderazgo al estilo de los jesuitas. Grupo Editorial Norma
- Margenat, J.M. (2016) El sistema educativo de los primeros jesuitas. En: ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura. Vol. 192-782, noviembre-diciembre 2016, a356 | ISSN-L: 0210-1963 doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2016.782n6001>
- Morales, P. (s/f). Pedagogía ignaciana. [Diapositivas Power Point].
- Orozco, J.L. (2023) El estilo jesuita de enseñar. MAGIS, año LIX, No. 430, septiembre-octubre 2023, Publicado por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, A.C. ITESO: texto para los profesores del ITESO.
- SlidePlayer.es (s/f) Paradigma Pedagógico Ignaciano. [Diapositivas con movimiento, Power Point]. <https://slideplayer.es/slide/1789637/>